

Frente a la permanente ofensiva de la prensa hegemónica contra los proyectos populares del continente, la Argentina tiene hoy un papel crucial. En su resistencia a cada embate se juega la posibilidad de revertir las tremendas consecuencias que esa feroz campaña ha tenido para nuestros pueblos del Sur.

# Batalla madre

texto

**Atilio A. Boron \***

A mediados del siglo pasado cobra ímpetu la Tercera Revolución Industrial, un proceso que venía gestándose desde los años treinta y cuarenta y que se manifiesta con fuerza incontenible a partir de la década de los cincuenta. Las facetas más conocidas de esta revolución se vinculan a los espectaculares avances en el acceso y la difusión de la información facilitados por los grandes desarrollos de las ciencias básicas (física, química, biología) y sus extraordinarias aplicaciones tecnológicas en campos tan distintos como la microelectrónica y, desde ahí, todo el espectro de la informática y las telecomunicaciones, para apenas mencionar los avances científicos y tecnológicos directamente vinculados a la problemática de los medios de comunicación. Este estallido de los conocimientos científicos dio lugar a una serie de teorizaciones sobre la "sociedad de la información" que –en el caso de Manuel Castells y otros autores enrolados en la misma perspectiva– se apuraron

foto

**Sebastián Miquel**

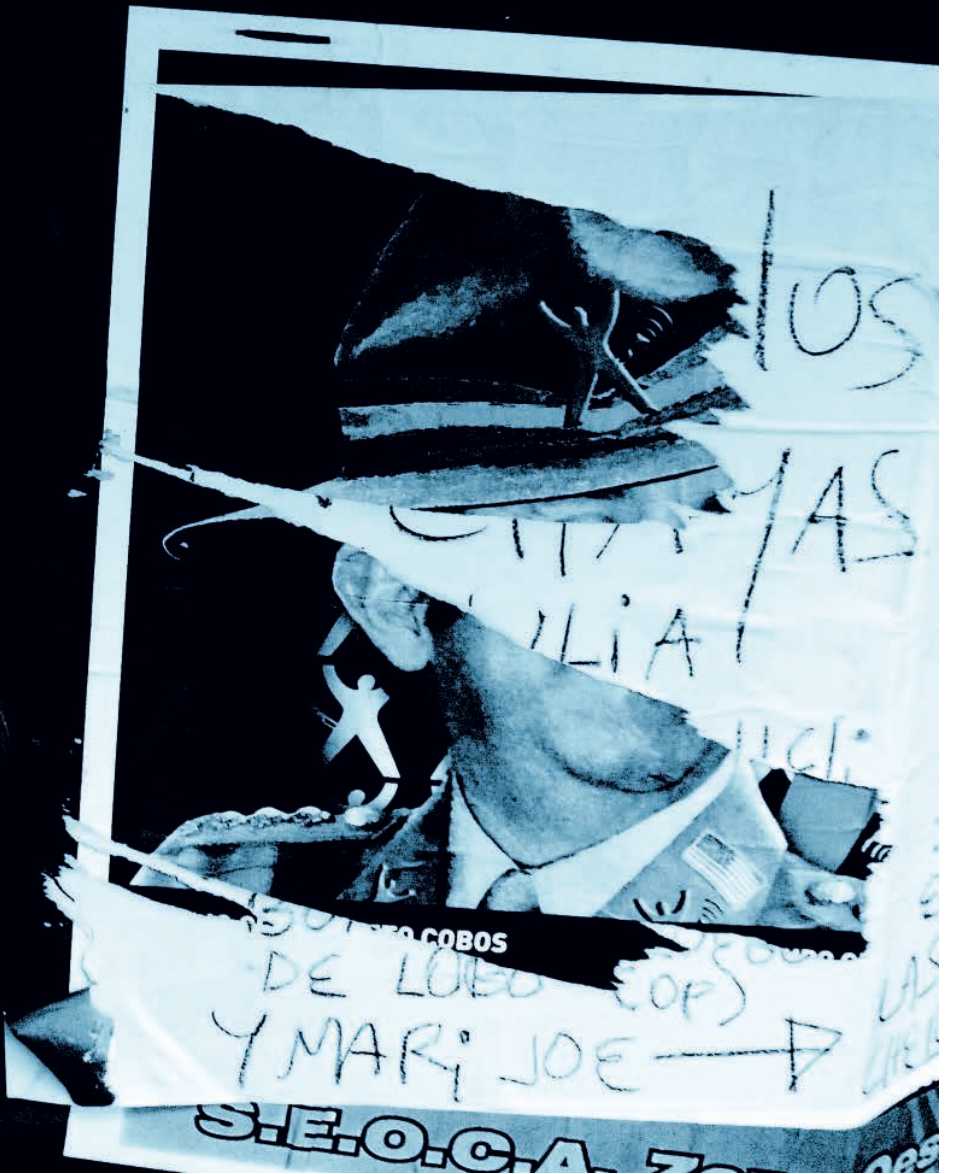
en saludar el advenimiento de una nueva época signada por la "democratización" de la información y la exaltación de la Internet como un libérrimo espacio virtual en el cual la información fluiría sin restricción alguna. Según los teóricos adscritos a esa interpretación, no existe en la vasta red informática de nuestro tiempo un "centro" que regule y vigile –sobre todo, lo último– el funcionamiento del sistema; a su vez, este es de tal naturaleza que todos los participantes pueden incidir por igual, debido a lo cual esta curiosa telaraña sin centro ni foco organizador conquista –finalmente, en el terreno de la virtualidad– el muy anhelado ideal de una democracia radical que tan esquivada resulta en el prosaico terreno de la vida material.

Estas rosadas ensoñaciones fueron refutadas por los análisis y datos aportados en los últimos años a través de distintas investigaciones que revelan el altísimo grado de concentración del poder en la Internet. Gracias a gentes como Julian Assange, Edward Snowden

y los Wikileaks, pudimos saber cómo la red es utilizada como instrumento de vigilancia y control por los países más poderosos, comenzando por Estados Unidos. No por casualidad se encuentran en este país los supernodos que organizan (y controlan!) el tráfico en la red, al igual que es allí donde radica un grupo de agencias que asignan números y nombres a direcciones IP y servidores y hacen posible, por distintas vías, que diversos organismos de inteligencia estadounidenses ejerzan un creciente control sobre los usuarios, sea interfiriendo en sus transacciones informáticas o recolectando una impresionante masa de metadatos.

Un desarrollo tecnológico tan extraordinario como el experimentado en los últimos años no podía dejar de tener profundas implicaciones en el periodismo y los medios de comunicación. Estas no fueron uniformes porque, si bien por un lado ese desarrollo potenció la capacidad de penetración de los medios y, por

# Clarín



consiguiente, su capacidad de manipulación y control políticos, por el otro hizo posible la vigorosa emergencia de una densa red de medios alternativos, autogestionados y realmente independientes de los poderes económicos de facto, que contribuyen a mostrar lo que los medios hegemónicos quieren ocultar y a posibilitar la emisión y circulación de informaciones alternativas.

Es en el marco de esta transición que se produce un acelerado proceso de concentración de la propiedad en la prensa hegemónica, no sólo en la gráfica sino en los medios en general, y especialmente en la televisión y la radio. La prensa, en sus distintas modalidades, pasa de ser un medio de comunicación que mantenía un cierto compromiso de informar con algún grado de objetividad a convertirse en un instrumento político cuya misión ya es, antes que cualquier otra, la de ser el ariete con el cual se defienden o promueven los intereses del bloque dominante, sea contra otras fracciones del capital o contra un gobierno cuyos dirigentes no se allanan a producir las políticas que de ellos se espera. Función esta tanto más importante en la medida en que, si algo se produjo en los últimos tiempos, ha sido la creciente deslegitimación de los partidos políticos, arrastrando en su crisis a las propias expresiones de la derecha. A tal punto llegó este proceso que son apenas una minoría las fuerzas políticas, incluso las centenarias, que en América Latina sobreviven con la estructura y la identidad que otrora les fueran propias. En el caso de la Argentina, este proceso de dilución afectó a los dos grandes partidos populares —el radicalismo y el peronismo—, así como a una fuerza de menor gravitación electoral pero de gran raigambre histórica: el socialismo. De hecho, en el lenguaje público de la Argentina la expresión “partido” ha caído en desuso y las volátiles y cambiantes fuerzas políticas se autodefinen como “espacios” de los cuales entran y salen, en un vaivén impulsado por el oportunismo y la búsqueda de cargos, un tropel de políticos que ora están a la derecha, ora a la izquierda, y casi siempre sin moverse demasiado del centro. El reverso de esta extinción de los partidos es el renovado papel de los medios —que un analista como Noam Chomsky define como “medios de incomunicación, o des-



información, de masas”, o, directamente, como “medios de confusión de masas” —. Nueva función que se corresponde con la depreciación sufrida no sólo por los partidos, sino también por la arena electoral como el espacio institucional de construcción de correlaciones de fuerzas que compiten por el control del Estado y la producción de políticas públicas. Ese lugar ha venido a ser crecientemente ocupado por las disputas y las pugnas por el poder que se procesan al interior de los anillos burocráticos del Estado y la escena mediática, para lo cual los partidos son una superflua molestia.

De lo anterior se desprenden dos consecuencias: la primera, el enorme papel desempeñado por los medios en la construcción de un imaginario popular saturado por un discurso conservador que dice que lo único posible y sensato que puede hacer un gobierno responsable es aceptar los dictados de los pode-

**El “premio mayor” que a la derecha le resta alcanzar en el plano regional es la Argentina. Es aquí donde se está librando la batalla decisiva por la libertad y la democracia en América Latina.**



res fácticos dentro y fuera del país –los grupos más concentrados del capital y sus “perros guardianes” internacionales, como el Banco Mundial o el FMI–, al paso que desecha cualquier otra propuesta por “utópica”, “irracional” o “demagógica”. En una palabra: fija un “sentido común” que dice lo que es posible y condena lo que es imposible (en realidad, inadmisibile) para los intereses dominantes. Un “sentido común” que, por ejemplo, en la Argentina de hoy lleva a los medios concentrados a aceptar la extorsión del juez Thomas Griesa y su maniobra absolutamente fraudulenta, aparte de descabellada. Lo “razonable”, según la visión de esos medios, es pagar sin chistar, admitiendo ser víctimas resignadas de un chantaje incalificable. La segunda: se comprueba también la pertinaz fidelidad de los medios hegemónicos en relación con este mandato, que los ha llevado a convertirse en la vanguardia de la res-

tauración conservadora frente a gobiernos progresistas; o en los custodios de la ortodoxia cuando la derecha se encuentra en el poder. En el desempeño de esta función, los medios se convierten en plataformas para el lanzamiento de una feroz campaña de terrorismo mediático.

Es bien conocido el nefasto papel de la prensa hegemónica con su permanente ataque a los gobiernos progresistas de la región, en algunas ocasiones con consecuencias tremendas. Tal es el caso del Brasil, en donde el terrorismo mediático aplicado en contra del gobierno de Dilma Rousseff terminó por birlarle al PT y sus aliados el triunfo que habían conseguido en las urnas a finales del año pasado. La brutal ofensiva de la prensa del sistema fue decisiva para posibilitar el éxito del ataque conservador, rubricado con la instalación de sus hombres en los cinco cargos clave del Estado brasileño, entre los cuales sobresalen la presiden-

cia del Banco Central y el Ministerio de Hacienda. Lo mismo ocurrió en el Paraguay, donde el “golpe institucional” contra Fernando Lugo fue precedido por una intensa campaña destituyente que creó las condiciones para su derrocamiento en 2012. Y otro tanto aconteció en Honduras, en 2009, cuando la prensa lanzó un ataque sin cuartel en contra del presidente Mel Zelaya por el imperdonable delito de haber incorporado su país al ALBA y a Petrocaribe. En el Chile actual, la presidenta Michelle Bachelet ha sido objeto de un ataque sistemático de la gran prensa a partir del escándalo de corrupción, cuyo objetivo no fue otro que precipitar un recambio ministerial mediante el cual los colaboradores reclutados para llevar adelante una política progresista que renovara las expectativas de la languideciente Concertación fueran desplazados y sustituidos por otros totalmente identificados con el ideario neoliberal.

Como no podía ser de otro modo, en la Argentina el ataque es feroz y permanente. En gran medida porque es este el país en donde se puso límites al despotismo mediático y a la derecha restauradora a través de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Si los gobiernos progresistas de Brasil, Paraguay, Honduras y Chile sucumbieron ante la presión de la derecha, el “premio mayor” que a esta le resta alcanzar en el plano regional es la Argentina. Es aquí donde se está librando la batalla decisiva por la libertad y la democracia en América Latina: si la derecha lograra prevalecer en su empeño de someter vía “golpes blandos” o “terrorismo mediático” a los proyectos populares, las chances de construir una democracia digna de ese nombre –que sólo puede funcionar a condición de que exista una democracia en el sistema de medios y en la comunicación social– se verían postergadas por largo tiempo. Si en la Argentina resistimos, como confiamos en que así será, las derrotas mencionadas más arriba podrían llegar a ser revertidas, según lo expresan voceros de las distintas fuerzas sociales y políticas de aquellos países. El desenlace de esta crucial batalla no está lejano, y todo esfuerzo que hagamos para asegurar la victoria será poco. ♦

\* Politólogo y sociólogo argentino, especialista en análisis internacional y en América Latina. Director del PLED, Centro Cultural de la Cooperación “Floreal Gorini”.